

Riquelme y el trasvase

Antonio Cabrales¹

La última vez que me dirigí a ustedes desde estas páginas fue para hablarles de Raúl y Rivaldo. Ahora les hablaré de Riquelme. No, no me he equivocado de periódico, lo que sucede es que el mundo del fútbol a veces produce ejemplos de racionalidad económica estratégica que, desgraciadamente, son difíciles de encontrar en otros sectores, como veremos después al hablar de los trasvases.

Hace un par de semanas nos enterábamos de la noticia de que el Barça iba a fichar probablemente a un delantero argentino, Riquelme. Es interesante que la reacción de otro de los jugadores importantes del Barcelona (Kluivert, si no recuerdo mal) fue declarar que no entendía por qué el club quería fichar a Riquelme, cuando ya tenía en sus filas al mejor jugador del mundo en esa posición: Rivaldo. Podría dar la impresión de que los directivos se habían equivocado, y que resulta un desperdicio tener al menos un jugador de clase extraordinaria (y de precio exorbitante) permanentemente en el banquillo. Me parece improbable, porque no es un caso aislado. Recuerdo unas declaraciones de Louis Van Gaal en las que afirmaba querer al menos dos jugadores buenos en cada posición.

Una política de esta naturaleza tiene al menos dos consecuencias económicas deseables: la primera es que hace más creíble una posición negociadora de fuerza cuando cualquiera de los dos jugadores decida negociar cambios en su contrato. Si existe un replazo razonable, el club no se verá obligado tan fácilmente a aceptar un aumento de sueldo desproporcionado para un jugador clave a dos semanas de la final de una competición europea. La otra razón tiene que ver con los esquemas de incentivos de los jugadores. Una buena parte de sus salarios es contingente al número de partidos jugados; bien directamente, bien indirectamente por las primas si marcan goles (que son particularmente importantes para los delanteros). Si hay un buen competidor en su posición, el jugador tendrá incentivos adicionales a jugar bien para evitar quedarse como suplente en partidos posteriores. Además, será más disciplinado con el entrenador, que en caso de insubordinación podrá castigar al jugador con menor coste para el equipo.

Todo esto está muy bien, pero algún lector estará impaciente por saber qué tiene que ver Riquelme con los trasvases. Si han seguido mi historia hasta ahora, no les sorprenderá que afirme que me

¹ Departamento de Economía y Empresa, Universitat Pompeu Fabra, Ramon Trias Fargas 5-27, 08005 Barcelona. e-mail: antonio.cabrales@econ.upf.es

parece algo miope plantear la política de trasvases como una disyuntiva entre trasvases del Ebro o trasvases del Ródano. Tal vez lo adecuado sea plantear si no merece la pena hacer los dos. Uno de los argumentos fundamentales contra el trasvase del Ródano es que dejaría a la agricultura española en manos de un gobierno extranjero, que parece tener una cierta propensión a ceder antes las manifestaciones encolerizadas de sus grupos de presión favoritos. Este argumento tiene mucho menos peso si el gobierno español tiene una alternativa creíble que redujera el coste de cambio de proveedor del agua. Otro gran argumento en su contra es que tardaría mucho tiempo en funcionar porque habría que esperar a que se aprobara un tratado internacional cuyo estudio y discusión llevaría mucho tiempo. Esto tampoco es importante si se hacen los dos trasvases.

Tal vez el argumento más sólido sea el del coste. Aquí también tengo dudas. Las “compensaciones” (que no pagos) a las regiones que pierden agua, parece que van a ser en términos de obra pública, de muy dudoso valor (por cierto, si Aragón no va a perder agua como dicen ¿por qué recibe compensaciones?). Si lo entiendo bien, estas compensaciones no están incluidas en el coste del trasvase, porque se les supone una cierta utilidad intrínseca. ¿Por qué no gastar el dinero entonces en otro trasvase cuya utilidad negociadora (en ambas direcciones) está garantizada?

Otro motivo de preocupación es que las estimaciones sobre los costes y beneficios de los trasvases no tienen en cuenta la incertidumbre acerca de los recursos hídricos que pueden resultar del cambio climático global con el que nos amenazan los científicos. Puesto que las obras de un trasvase llevan mucho tiempo, podría ser sensato estar preparados para que en caso de necesidad sólo haga falta abrir la llave de paso.

Esto está relacionado con otra ventaja de hacer las obras para más de un trasvase. El gobierno se queja de que los aragoneses protesten cuando a ellos no les va a quitar “ni una gota”. Pero esta queja olvida que la mera existencia del trasvase cambia completamente la situación estratégica. Una vez están completadas las obras, es muy fácil quitarles “muchas gotas”, y hasta un chorro si hace falta. Y no hay garantías de que en caso de sequía continuada el gobierno no prefiera (con buen criterio) proteger la huerta de Levante antes que el secano aragonés. Con varios trasvases, los riegos de emergencia se pueden comprar a Francia antes que traerlos del Ebro.

No es mi intención argumentar que “deben” hacerse los dos trasvases, sino que los cálculos actuales de costes y beneficios olvidan algunos sutiles efectos estratégicos e incertidumbres que podrían cambiar el signo y hasta la estructura final de la decisión óptima. Después de todo, si un club de fútbol puede permitirse pagar cinco mil millones de traspaso y otra buena millonada al año

para tener un jugador en el banquillo, tal vez un Estado pueda permitirse unos millones para asegurar el futuro de su agricultura. Aunque claro, el Barça es “más que un club”.